GERARDO ARMENTA BALDERRAMA

+Silencio de Hugo Chávez

+Los traidores en el PRI

Dos meses en silencio. Así definen en Venezuela la situación de su Mandatario Hugo Chávez. Es decir, sesenta días en los que nadie a nivel popular ha podido saber algo veraz sobre el estado de salud del gobernante bolivariano hospitalizado en Cuba.

Quizá en ningún país nadie con responsabilidades públicas de primerísimo orden pueda ausentarse del cargo que ostenta por tanto tiempo sin que sea relevado perentoriamente. Es de suponerse que, sin querer queriendo, a Chávez se le complicaron las cosas. Nunca debió dar por cierto que las dificultades de su cuarta operación contra el cáncer le impedirían retornar a Venezuela en un plazo razonable.

Desafortunadamente, esas complicaciones parece que han llegado a un extremo irreversible. Casi desde el momento mismo de su última intervención quirúrgica, los rumores pusieron en duda la fortaleza orgánica del también militar venezolano. Hoy, un rumor más dotado de una flamígera contundencia lo describe en condiciones no necesariamente terminales pero sí incompatibles con la tarea de gobernar.

Un periódico español publicó que Chávez ha perdido la voz por completo a consecuencia del tratamiento médico que ha recibido, el cual terminó por causar un daño permanente a sus cuerdas vocales. Al dar por cierta esta severa contingencia personal del principal dirigente político de Venezuela, el periódico divulgó también que el hecho de que Chávez no podrá volver al poder ya fue comunicado a los miembros del Tribunal Supremo de su País. Pero no sólo a ellos.

También familiares suyos habrían recibido esa misma notificación, al igual que los hermanos Fidel y Raúl Castro y el gobierno venezolano en sí. En otras palabras, Chávez está incapacitado para reasumir sus funciones presidenciales. Al parecer, no pasará mucho tiempo sin que Caracas haga el anuncio respectivo. No es la primera vez que habladurías de este tenor se ponen en curso. La enfermedad de Chávez y sus consecuencias han estado en primerísimo lugar de las noticias internacionales, siempre con desmentidos puntuales por parte de las autoridades de Venezuela.

Acaso esta vez, empero, ha llegado la hora de que la opinión pública, empezando por la propia de ese país sudamericano, conozca la verdad. Ésta quizá no puede ser más que una, desfavorable por desgracia al paciente. Asumir que Chávez no ha dicho una sola palabra para consumo externo en dos meses, resulta verdaderamente insólito en tratándose de un modo de ser como el suyo tan dado al verbalismo inclemente. Por ello, podría concluirse que si en todo este tiempo Chávez no ha dicho nada, es porque no ha podido decirlo, vencido parcialmente por el mal que le agobia...

En Sonora, mientras tanto, el PRI busca exorcizar un particular quebranto que ciertamente lesiona tanto su proyección general. Se trata de lo que hoy se conoce como transfuguismo partidista, que en realidad no es otra cosa que la traición de militantes que emigran a otros partidos en busca de nuevos horizontes personales, para decirlo amablemente.

De hecho, los priístas del Sur del Estado han sido los que retomaron este tema en el marco de la celebración de sus asambleas regionales como prólogo de la de carácter estatal y nacional que celebrarán pronto en ese orden. En Navojoa, Etchojoa y Huatabampo el priísmo volvió a la carga con la discusión sobre la inconveniencia de la conducta por la que algunos militantes tricolores dejan de serlo para adoptar otras siglas partidistas.

Después de las elecciones recientes, en cada uno de esos lugares (y habría que agregar Alamos) se produjo una severa controversia por la seguridad de que priístas notables trabajaron electoralmente a favor de adversarios con los que no debían comulgar ideológicamente. Sin embargo, todo permite suponer que incurrieron en flagrante o animosa traición al PRI, su partido original. Se armó entonces una ruidosa polémica con la idea de expulsarlos. Hubo alegatos en pro y contra y al final quedó en claro que efectivamente procedía castigarlos de ese modo por la traición en que incurrieron y que de hecho fue demostrada en casi todos los casos.

Pero el polémico asunto no llegó a mayores, porque en el sur ningún militante tránsfuga fue expulsado del PRI. Fue así porque salieron a relucir procedimientos internos que frustran la posibilidad de que en un tiempo razonable el partido se deshaga oficialmente de elementos suyos que en la práctica ya no lo son, a pesar de que algunos de ellos cometieron la suprema desfachatez de alegar que nunca se han alejado del redil priísta. Por lo visto, hasta ahora en el PRI no hay ninguna forma de que se les demuestre lo contrario.

La idea del priísmo radica entonces en replantear en el más alto nivel de su estructura el tema de los traidores partidistas, obviamente con la pretensión de fijar procedimientos ágiles e inmediatos para institucionalmente quitarles su militancia sin muchas averiguaciones de por medio. Este propósito se ha delineado hasta ahora con toda seriedad. Convendrá a los priístas no frustrarlo en alguno de los niveles partidistas en que necesariamente tendrá que ser debatido.